



Dra. Angélica Pacheco Díaz

Directora Magíster en Comunicación Digital y Transmedia [UVM](#)

Sin narrativa no hay relato

Todo es tan vertiginoso que el siglo XX parece más lejano de lo que realmente es. Estrategias comunicacionales que hasta hace una década parecían funcionales a los propósitos del poder, hoy resultan ineficientes y sin sentido.

Somos testigos de la ruptura con las estructuras vigentes de las democracias liberales propias de la fricción social conocida como interfaz cultural, que ha permitido el surgimiento de actores desde el territorio. ¿Nuevo? No.

Se ha escrito a partir de los noventa sobre territorios, desde las subjetividades propias de los sistemas culturales en transformación, siendo estas realidades las que no estuvieron representadas en el discurso ni en la acción de las instituciones. Si de elecciones se trata, en algún momento los resultados de mayo aparecerían casi como la moraleja de una fábula.

Las encuestas no logran construcciones discursivas en este escenario en que individuos se conectan y tensionan al poder desde hipertextos que representan las prácticas no lineales de nuestro pensamiento.

En el marco de una fragmentación social producto del sistema político y económico -la situación actual no fue espontánea-, ha resultado hoy un boomerang para la institucionalidad porque requiere lograr efectivamente una interacción, cuya carga simbólica, producto de la experiencia negativa de los ciudadanos y ciudadanas, resulta altamen-

te compleja.

La elección de constituyentes da cuenta de esta ruptura. Algunas campañas sin recursos se impusieron, demostrando con votos que existe diversidad cultural con voces divergentes que se instalan desde las regiones del país.

La sociedad red o la cibercultura significa que los asuntos humanos son sistemas complejos culturales en los que convergen tanto símbolos, sujetos y artefactos (celulares) como un todo, con una capacidad de interactuar-metáfora de la interfaz- en tiempos y espacios físicos como virtuales.

Es una red simétrica que ocupa la esfera pública con prácticas de red y tejidos que se conectan sin poder central. Se demostró que las prácticas verticales no resisten más análisis porque no logran sintonía con las comunidades fragmentadas en intereses legítimos.

Es cierto que se desarrollaron campañas digitales que lograron romper las barreras preestablecidas, pero es -al mismo tiempo- un error interpretar que solo basta con plantear ideas a través de las redes sociales. Se trata de narrativas que fueron capaces de construir relatos a través de estéticas audiovisuales, sonoras, fotográficas y textuales. Programas y compromisos discutidos en cabildos que nunca dejaron de funcionar. La narrativa por sí misma no es un relato, la capacidad de crear contenidos que conecten con las experiencias y emociones en la diversidad de las comunidades locales es la clave.